

## EL MOVIL (diciembre 2008)

Nico, era el nombre que aparecía en la pantalla del teléfono, toda una sorpresa porque después del último cambio de móvil había perdido gran número de teléfonos, aunque tampoco era para tanto porque siempre me ocurría lo mismo: Nico, milagrosamente, siempre se salvaba.

-Nicolás, ¡que sorpresa! ¿cuándo fue la última vez, hace tres, cuatro... años?

Medio ofendido enseguida me puntualizó que solo uno, pues también había sido él quien había llamado el año pasado. Efectivamente enseguida caí en la cuenta que eso era cierto, pues mi fuerte no era precisamente el llamar a los amigos en determinadas fechas, como ahora, muy cerca la Navidad; pero tampoco me tenía que disculpar, pues Nico no era un colmado de detalles, ya que él solo llamaba en ciertos acontecimientos y generalmente cuando le iban bien las cosas, que felizmente había sido casi siempre: cuando entró en el Banco nada más licenciarnos de la mili, cuando encontró a su media naranja para toda la vida, cuando casó a su hijo y a su hija conforme a las expectativas puestas en ellos... cuando cambió sucesivamente de coche, siempre de Audi en Audi, era su marca preferida... y, efectivamente, el año pasado cuando me anunció que su prejubilación era casi efectiva y con la conveniente recuperación del Plan de Jubilación que el Banco tenía preestablecido para determinados directivos.

-Sí Nico, sin problemas, mañana por la mañana si quieres nos vemos y tomamos un café, bueno yo un descafeinado con sacarina pero tú supongo que seguirás con esa salud de hierro ¿no? Claro, claro, hasta mañana.

Colgué y quedé preocupado, pues no me pareció el amigo animoso de toda la vida; él siempre había sido un echado para adelante, emprendedor, arriesgado... y, desde la seguridad que le daba su puesto en el Banco y también el diferencial de intereses que obtenía en sus préstamos, logró sacar adelante un negocio, regentado por Laura, que les permitió vivir holgadamente, disponer de primera y segunda residencia, cambiar con frecuencia de Audi y viajar, viajar, era la debilidad de los dos y un poco mi envidia, porque mi sueldo de funcionario, mis préstamos a los tipos máximos de cada momento y el pluriempleo de alguna contabilidad, solo me permitían salir adelante, pagando los préstamos del coche, del piso... y de la caravana, lugar preferido de vacaciones mientras mis hijos nos acompañaron.

Pensando en mi episodio, serio, de salud de hace unos años, me aventuré a pensar si le estaría pasando algo parecido a él, pero enseguida me quité la idea, pues era un tipo duro que no temía a la enfermedad y, si fuese el caso, la afrontaría con optimismo.

He de confesar que las horas, hasta las once de la mañana del día siguiente, me pasaron lentas por la impaciencia de ver a Nico. No me apuré para llegar a las once en punto, pues tampoco su virtud principal era la puntualidad, pero me llevé una gran sorpresa porque me lo encontré apurando su café con leche, un tanto desenchajado, yo diría que desmejorado, aunque lo achaqué de pronto a que los sesenta y tres años nos alejan bastante de los tiempos de la mili.

Al verme pareció animarse y se levantó tendiéndome la mano, al tiempo que me indicaba el sitio para sentarme, un rincón especial de la cafetería muy propicio para charlar.

-Nico, hombre, que alegría me da verte, confieso que ayer quedé un poco preocupado después de hablar por teléfono, pero ya veo que estás como siempre...

-Anda, siéntate, tenía ganas de charlar contigo.

Primero divagamos sobre nuestras correrías de juventud, sobre la mili, sobre la diferencia de los tiempos; luego me agradeció el consejo del año anterior en el que al parecer le dije que, ante las perspectivas de su prejubilación, Laura también se acogiera a la prejubilación de autónomos, liquidase el negocio y, cuando el banco se la concediera a él estarían los dos libres para viajar.

-En aquellos momentos Laura era reacia a liquidar el negocio, pero la convencí con tu consejo, ya sabes que ella siempre te tiene muy en cuenta, y fue una gran decisión, pues lo hicimos en el momento propicio. –Se embolsó, como era su costumbre, y yo ya solo me limité a escuchar y a asentir.- Pues verás, ni en el mejor de los supuestos pensábamos sacar lo que obtuvimos por el traspaso y por el local. –Me picó la curiosidad, ¿la envidia quizás?, y la confianza me permitía preguntárselo.

-¿Cuánto?

-No seas impaciente hombre, quiero decírtelo en conjunto, es que lo de la prejubilación también se me arregló, ante los augurios de muchos, y entre una cosa y la otra nos embolsamos cien mil... -Ahora si era el Nico de siempre, la cara se le había iluminado.

-Cien mil ¿qué?

-No van a ser pesetas, cien mil euros.

-¿Ciento setenta millones de pesetas?

-Tampoco exageres, ciento sesenta y seis millones de pesetas.

Quise gastar una broma, pero su gesto se tornó triste, además la camarera por fin se acordó de mí y me interrogó sobre lo que quería, a lo que Nico se anticipó:

-Un descafeinado con sacarina y otro café con leche... –Cuando la camarera se alejó retomó la palabra y ahora empezó a mostrar su ánimo de la conversación telefónica.

Siempre me pareciste demasiado idealista, frente a mí que era el realista, y por eso el año pasado cuando me hablaste de crisis creí que te referías a crisis de valores, que tampoco era para tanto, es decir la monserga de siempre, y no te escuché.

Cogí los ciento sesenta millones, el pico me sirvió para cambiar el coche, y los invertí. –Hizo una pausa, mientras la camarera posaba los cafés, alejándose de inmediato, y continuó.

Cuando estábamos de vacaciones en Noruega, por cierto, te lo aconsejo, son unos cruceros fantásticos, me llamó Luis y me dio la noticia del cierre de su empresa y que por tanto se quedaba sin trabajo. A la vuelta mi nuera estaba deshecha, nos recibieron en el salón de su chalet, ella visiblemente desmejorada y nos dieron la noticia:

-Hemos tenido que abortar, Mara estaba de un mes y nos ha cambiado por completo la situación.

-Era mi primer nieto, pero lo entiendo, sin trabajo, con la hipoteca del chalet y la del coche... -Por un momento creí ver una inflexión al pronunciar “nieto”, pero la inflexión la hizo en otro apartado.

Y no es una hipoteca cualquiera; cuando la pidió ya no eran mis tiempos, los bancos se lo rifaban por concederle una preferencial, y no solo por el valor total del chalet sino además añadiendo el valor del coche, no cualquiera, un Volvo; y a mí ya me pillaba con todo el dinero invertido, lo que hizo que Laura y yo

tuviésemos que ayudarles con nuestra pensión. –Hizo una pausa diferente, más larga y más emotiva; alzó la vista, se encontró con mi mirada y me soltó: -¡Me han estafado, lo tenía todo con Madoff!

Se derrumbó, aunque no con grandes aspavientos pues estábamos en un lugar público. Yo respeté su silencio. Cuando me miró de nuevo en su rostro adiviné que ya sabía mis respuestas:

-¡Sí, hay crisis, pero para los de siempre! Yo pierdo mi dinero... y subvencionan al banco y al banquero para que no entren en crisis; mi hijo pierde el puesto de trabajo... pero subvencionan al empresario... Y no me mires así, no lo supe ver, soy un imbécil.

De pronto recobró la compostura de siempre, un tanto altiva debo reconocerlo, pero al fin y al cabo Nico.

-Cualquier día te volveré a llamar. Ah, se me olvidaba, Pilar acabó la carrera y tal como están los tiempos le propuse que montase su propio negocio, antes de eternizarse en el paro, y para ello acudió a mi banco, pero... ¡no es solvente!... Ya ves, son los tiempos. –Se levantó, dándome la palmada de costumbre en la espalda, miró la nota de la consumición y dejó cuatro euros, al tiempo que me empujaba hacia el pasillo.

Espero que nos veamos con más frecuencia, ahora que los dos estamos libres. ¿Qué tal tus tres nietas? Ya ves que estoy enterado.

-No son tres, son cuatro, la última nació hace poco más de un mes.

-¡Cuatro! Pero hombre, dile a tu hijo que ponga freno, no están los tiempos para tantos hijos.

-Es que él invierte en hijos...

Mi respuesta no le pareció digna de contestación y ya en la acera, al tiempo que abría la puerta del Audi, me tendió la mano.

-Nos vemos.

G.R.L.